



Fue apenas el verano pasado, durante una estancia de seis semanas en Newport, cuando John Lennox se prometió a Miss Marian Everett, de Nueva York. Mr. Lennox era viudo, sin hijos, y poseía una gran fortuna. Tenía treinta y cinco años, un aspecto suficientemente distinguido y unos modales excelentes. Era también un hombre de costumbres irreprochables, que contaba con una cantidad excepcional de sólida información y cuyo carácter, se decía, había sido sometido a un difícil y provechoso periodo de prueba durante su corta vida de casado. Por todo ello, se consideraba que era Miss Everett quien se llevaba un buen partido y la que más salía ganando con el enlace.

Sin embargo, también Miss Everett era una joven muy atractiva desde el punto de vista del matrimonio —la bella Miss Everett, como la llamaban para distinguirla de algunas primas poco agraciadas con quienes, dado que no tenía madre ni her-

manas, estaba obligada a pasar una gran parte de su tiempo como exigía el decoro. Esa cualidad, cabe suponer, proporcionaba a la muchacha una satisfacción mayor que la que podía producir en sus jóvenes y excelentes parientes.

Marian Everett, en efecto, no tenía un céntimo, pero estaba ricamente dotada de todos los dones que hacen que una mujer sea encantadora. Era, sin duda alguna, la muchacha más adorable del círculo en el que vivía y donde se movía. Incluso algunas de sus mayores, mujeres de más experiencia y, por así decirlo, de mayor valía, no eran en la práctica tan agradables como ella a pesar de que gozaban de mayor libertad de acción por estar casadas. Sin embargo, en su imitación de los buenos modales de estas hermanas suyas más libres, Miss Everett jamás se había alejado en lo más mínimo de la estricta conducta que una joven debía adoptar para preservar su dignidad. Profesaba una devoción casi religiosa hacia el buen gusto y contemplaba con horror los escandalosos modales de muchas de sus compañeras. Además de ser la joven más divertida de Nueva York, mostraba asimismo una conducta impecable.

Su belleza era tal vez discutible, pero nunca fue puesta en duda. De estatura ligeramente inferior a la media, su persona estaba marcada por un perfil de gran plenitud y redondez. Esta atractiva turgencia no impedía, sin embargo, que sus movimientos fueran absolutamente ligeros y elásticos. Su tez era la de una auténtica rubia; una rubia cálida, con un leve sonrojo en las mejillas y cuyo cabello rojizo parecía haber atrapado la luz de un sol estival. Sus rasgos no habían sido moldeados según el modelo clásico, pero su expresión era agradable en grado sumo. Su frente era baja y amplia, su nariz pequeña, y su boca... bueno, los envidiosos consideraban que su boca era enorme. Es cierto que tenía una gran capacidad para sonreír, y que cuando cantaba (lo que hacía con infinita dulzura) emitía un abundante caudal de sonido. De forma muy leve, su rostro era tal vez redondo en exceso y sus hombros demasiado altos; pero, como digo, el resultado general no dejaba nada que desear. Podría señalar unas cuantas imperfecciones en lo que se refiere a su rostro y su figura, y aun así fracasaría absolutamente en restar validez a la impresión que producían. Hay algo

esencialmente descortés y ciertamente poco filosófico en el intento de confirmar o rebatir en detalle la belleza de una mujer, y un hombre no obtiene sino lo que se merece cuando descubre que, en sentido estricto, la suma de los diferentes rasgos no logra componer el total. Apártense caballeros, y dejen que sea ella quien realice la adición. Además de su belleza, Miss Everett brillaba por su buen carácter y sus vivaces apreciaciones. No pronunciaba duros discursos ni se ofendía por ellos y, por otra parte, disfrutaba con mucho interés de la agudeza intelectual, que incluso cultivaba. Su gran mérito residía en que no reivindicaba ni reclamaba cosa alguna. Del mismo modo que no había nada artificial en su belleza, su inteligencia y cordialidad carecían de pedantería y sentimentalismo. La primera de estas cualidades era todo frescura, y las otras, todo *bonhomie*.¹

John Lennox la conoció, y tras quedarse prendado de ella le ofreció su mano. Al aceptarla, Miss Everett adquirió a los ojos del mundo la única ven-

1. Sencillez, ingenuidad. (*Todas las notas son de la traductora.*)

taja de la que carecía: una completa estabilidad y seguridad de posición. Sus amigos gustaban de comparar con complacencia su brillante y cómodo futuro con su, en cierta forma, precario pasado. A Lennox, sin embargo, le felicitaban a diestro y siniestro, pero no muy a menudo por su optimismo. El de Miss Everett no era puesto a prueba de forma tan severa, si bien ciertos conocidos proclives a dar lecciones de moral le recordaban a menudo que tenía motivos para estar muy agradecida por la elección de Mr. Lennox. Miss Everett escuchaba estas afirmaciones con una apariencia de paciente humildad, que resultaba extraordinariamente favorecedora. Por él, estaba dispuesta incluso a aburrirse.